

Antirayén y Currirayén

Leyenda mapuche

Versión de Sonia Montecino

Dos piedras ardientes que se habían formado de la lava que arrojan los volcanes, al llover, se transformaron en dos bellas muchachas. Se dirigieron a hablar con la **machi** para hacerle saber que su misión era ayudar a los mapuche. La gente dudó y decidieron convocar a un *nguillatún* —ceremonia **propiciatoria**— para consultar a las divinidades. Estas contestaron que las jóvenes eran buenas. Así, fueron aceptadas y nombradas como Antirayén (Flor del Sol) y Currirayén (Flor Negra).

Las muchachas tenían la **virtud** de predecir el futuro, pero también poseían poder sobre los volcanes y curaban enfermedades a través de la mente. Les enseñaron a los lugareños a tejer, a cuidar a los animales y a cultivar las plantas.



Un día, predijeron que su tierra sería invadida por un pueblo de costumbres **bélicas**, pero los mapuche no les dieron importancia hasta que ellas lograron **persuadir** a algunos toquis (jefes), quienes decidieron enviar a Nahueltraro a averiguar.

Nahueltraro viajó más allá del Camino del Inca, a las tierras de Moctezuma en el Imperio Azteca y comprobó lo que decían las jóvenes. A su regreso contó que los conquistadores eran crueles con los indígenas.

Entonces los mapuche juraron no ceder sus tierras y colocar al río Biobío como frontera y barrera contra los invasores. Luego de esto las dos muchachas murieron y al momento de sepultarlas sus cuerpos desaparecieron.



El lugar más bonito del mundo

(Fragmento)

Ann Cameron

Trabajar era divertido. Todo el dinero que ganaba se lo entregaba a la abuela, y siempre que lo hacía ella me abrazaba sonriendo y me daba un beso y diez céntimos para mí.

Solo había una cosa que, a veces, me hacía sentir un poco triste, y era cuando veía que pasaban cerca de mí chicos que iban a la escuela. Yo me pasaba el día sentado entre el polvo, manchado de **betún**, y ellos iban limpios y bien peinados con sus lápices y sus cuadernos camino de sus clases.

Hay muchos chicos que no van a la escuela porque sus padres quieren que trabajen. La ley dice que todos los chicos tienen que ir a la escuela hasta que cumplan doce años; pero la verdad es que en la escuela no hay sitio para todos, así que nadie obliga a los chicos a ir.

La mayor parte de los chicos que trabajan lo hacen en el campo, en las plantaciones de cebollas, así que yo me sentía muy solo cuando veía pasar a los chicos que iban a la escuela.

Después de un tiempo, empecé a preguntarme por qué mi abuela no me habría mandado a mí a la escuela. Y se me ocurrió pensar en que si me quisiera de verdad me habría mandado a la escuela en vez de tenerme limpiando zapatos.

Quería pedirle que me dejara ir a la escuela, pero me daba miedo decírselo. Temía que me dijera que no. Porque entonces yo me daría cuenta de que no me quería por mí, sino porque estaba ganando dinero para ella. →



betún: pasta para lustrar zapatos.

fingiendo:
Imulando,
haciendo creer.

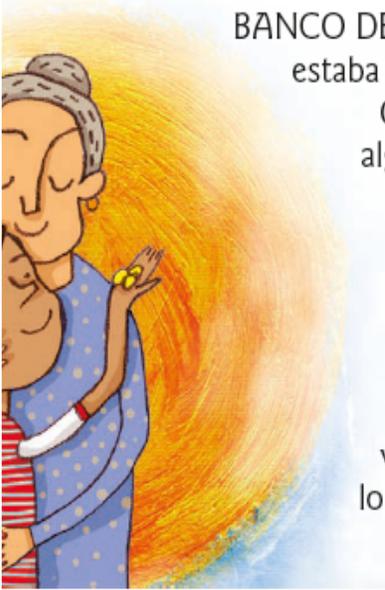
a
b
c

¿Y si ella era como mi padre y mi madre y mi padrastro, que nunca se preocuparon por mí, y yo me daba cuenta de que no me quería y solo estaba **fingiéndolo**? Después acabé por decirme que mi abuela era buena; que ella no tenía la culpa de tener más necesidad de dinero que yo de escuela; al final decidí que no necesitaba la escuela para nada, que yo solo aprendería a leer.

Preguntaba a mis clientes qué letras eran las que aparecían en los letreros de los carteles; muy pronto ya pude leer: COCA-COLA, BANCO DE GUATEMALA, OFICINA DE TURISMO, y hasta lo que estaba escrito debajo de la foto de San Pablo.

Cuando se me acabaron los carteles de los alrededores, alguien me dio un periódico y los clientes me ayudaron.

Corté el periódico y siempre llevaba una página en el bolsillo de atrás de mi pantalón cuando iba a trabajar. Poco a poco empecé a ser capaz de leerlas casi todas. Cuando no estaba leyendo y estaba solo allí sentado esperando a los clientes me ponía a pensar en qué estarían haciendo los chicos en la escuela, y si mi abuela me querría de verdad, y era como si la vida se parase, porque todo eso era lo único en que podía pensar.



Cameron, A. (2002). *El lugar más bonito del mundo*.
Santiago: Alfaguara Infantil. (Fragmento).